

## SOBRE LA INVENCION DEL 98

Luis IGLESIAS FEIJOO

Universidad de Santiago de Compostela

La conmemoración del centenario de los hechos ocurridos en 1898 está dando origen a no pocos simposios y reuniones. Como fruto derivado de ellos y de las exposiciones montadas al calor del aniversario o como producto espontáneo del trabajo de sus autores, han aparecido ya más de una docena de volúmenes en los que se pasa revista a los múltiples aspectos que ofrece la efeméride.

Sin desdeñar las repercusiones que en la historia política, económica y social tuvo lo ocurrido el año 1898, aquí nos interesa lo que toca al mundo literario. Al respecto, nadie ignora la existencia de un concepto que hizo fortuna, el de generación del 98, cuya utilidad o incluso licitud ha sido motivo de especial debate, hasta el punto de que hoy parece imponerse como actitud obligada la de formular ironías sobre el término. Al parecer, seguir hablando de generaciones es casi crimen de lesa perspicuidad y, si no se quiere sentar plaza de retrógrado, lo mejor es dar con todos los sistemas generacionales en el desván de los trastos inútiles y periclitados.

Que lo anterior no es una hipérbole personal puede comprobarse con notable facilidad. Baste un par de botones de muestra, no escogidos al azar, pero sustituibles por otros. En 1996 la Fundación Duques de Soria celebró el segundo de los seminarios con que se iban calentando los motores para celebrar el oportuno centenario ("Hacia el 98"), cuyas actas acaban de aparecer hace apenas un mes. El volumen viene enmarcado por un prólogo del coordinador general, José-Carlos Mainer, y un manifiesto colectivo final, firmado por él y los demás participantes, que porta el sugerente título de "Contra el 98". En el primero se razona una vez más —veremos luego otras manifestaciones similares— contra el "inútil marbete de 'generación del 98'" (Mainer-Gracia, 11). El segundo, es claro, no se consagra a revisar críticamente lo ocurrido hace un siglo, sino que su propósito declarado es el de desterrar para siempre el concepto de "generación de 1898" y, ya de paso, fulminar con el mismo rayo jupiterino "las presuntas generaciones del 14, 27, 36, 50, 70 y cualesquiera otras que la manía de la simetría y el deseo de simplificación alumbrarán sin duda" (Mainer-Gracia, 177). Y en enero del presente año, la revista *Ínsula* abría un número monográfico titulado (no está claro el porqué)

“El 98, a nueva luz” con el demoledor trabajo de Javier Blasco titulado expresivamente “Pero... ¿todavía el 98!” (en Celma, 3-6).

Como el panorama dista de estar despejado y cabe enfocarlo de manera bastante diferente, parece muy oportuna la convocatoria del presente coloquio para repensar otra vez las cosas y sugerir algunas líneas de discrepancia, que me tolerarán los amigos y colegas citados y otros implícitos. En efecto, hablar aquí de “Literatura e historia literaria en el siglo XX hispánico” —miarbete que nos acoge— y hacerlo con la perspectiva que nos da este fin de siglo —“Del 98 al 98”—, permite situar el problema exactamente en el lugar que le corresponde, esto es, el de la configuración de la historia de la literatura. Si hoy el denostar las generaciones ha pasado a ser un lugar común y se ha convertido en una de las *idées reçues* dominantes, acaso quepa introducir una llamada de atención, una perspectiva crítica a fin de no quedar instalados en la mera negación, esto es, en el simple rechazo al uso del concepto. Aprovechemos, pues, la ocasión para revisar su uso y observar si puede tener alguna utilidad. Para hacerlo, me acojo bajo un título que supone un declarado y consciente guiño a un famoso trabajo del llorado don Ricardo Gullón, quien hace más de veinte años abrió un libro con esta contundente afirmación: “La invención de la generación del 98, realizada por Azorín, y la aplicación a la crítica literaria de este concepto, útil para estudios históricos, sociológicos y políticos, me parece el suceso más perturbador y regresivo de cuantos afligieron a nuestra crítica en el presente siglo” (Gullón, 7).

La razón de esta condena no era arbitraria. Contra lo que Gullón tronaba era algo que, sin duda, debía ser evitado entonces y ahora: la funesta tendencia a enfrentar y oponer a los noventayochistas con los modernistas. Como este es un tema central, volveremos luego sobre él. Nótese, sin embargo, que en la cita transcrita se admite que el concepto puede ser útil para los estudios históricos. Y la historia literaria debe ser construida de alguna forma, lo que acaso suponga un portillo de entrada. Ahora bien, ¿cuáles son las causas del rechazo que su uso sigue hoy provocando en estudiosos como los firmantes del manifiesto citado?

Si se observa con atención, la repulsa procede nada más que de las consecuencias deducidas de un uso incorrecto o parcial del sistema generacional, pues otras razones en apariencia más consistentes no dejan de ser apriorismos superables; así ocurre, por caso, con la consideración de que “carece de todo fundamento científico” (¡nada menos!) o con la falta de homologación en las historias literarias de otros países. Si fueran tan sólo esas las dificultades...

No es de este lugar realizar un examen de la teoría general de las generaciones; en otra ponencia acabo de dedicar unas páginas a esta cuestión y no es del caso repetir las. Para resumir brevemente mis conclusiones, cabe decir que la

utilización del sistema generacional puede ser instrumento adecuado para realizar la periodización de la historia literaria contemporánea, siempre que se entienda que la referencia a una generación de escritores no es otra cosa que la identificación de los que se dedican a las letras dentro de su propia generación histórica. Una generación literaria no es, por tanto, un grupo de amigos que toman café juntos, ni una escuela con su jefe de filas y sus aplicados discípulos.

Aunque no es posible asumir que la evolución histórica avanza con el sucederse de las generaciones, como quería Ortega y Gasset, muchas de sus observaciones sobre las generaciones históricas son muy aprovechables. Entiéndase, pues, que las formulaciones de Petersen o, a su zaga, Pedro Salinas carecen de interés. Los escritores son tan sólo un sector bien identificable de la generación general de que forman parte y de la que acaso se constituyen en lúcidos portavoces de sus ideales estéticos o ideológicos. La novedad que puedan traer consigo los literatos en su terreno no puede verse desvinculada de la que aportan en el suyo los pensadores o ensayistas, los artistas o los músicos.

Pertenecer a una determinada generación no constituye, por lo tanto, ningún marchamo de calidad, pues en cada una de ellas hay autores de notable valor al lado de mediocres irremediables. No se trata de una cuestión de canon, como se ha sugerido (Mainer, en Mainer-Gracia, 7), aunque así haya sido entendido muy a menudo. Y tampoco son de recibo las observaciones sobre la falta de individualización que supondría el empleo del concepto, como si adscribir a un escritor a una generación supusiera restarle originalidad. En este sentido, no son pocos los autores que se revuelven airados cuando se les incluye en una generación, como si con ello menguara su hipotética genialidad. Nadie protesta de que se le considere autor del siglo XX, cuando en realidad entenderlo como miembro de la generación del 98 —o de cualquier otra— no es sino otra característica histórica.

Entendido esto así, carece de sentido hablar de la “disolución de la generación”, pues el mayor o menor grado de relación interpersonal no tiene mayor importancia. Debe repetirse que una generación no es una escuela, de cuyo magisterio se pudiera abdicar, ni una peña que se reúne en un determinado establecimiento. Por lo tanto, tampoco cabe echar sobre este concepto la culpa de que con él se destaca a los autores de primera fila y se oculta a los menores o más modestos. En cualquier tipo de historia literaria, los más importantes tenderán siempre a ocultar —y con razón— a los epígonos y mediocres, que por lo demás suelen ocultarse muy bien ellos solos hasta desaparecer: hoy estamos bastante de vuelta de las tesis en boga hace años, empeñadas en reevaluar a los que irónicamente llamamos ya los “autores justamente olvidados”.

Puestas así las cosas, cabe preguntarse ¿para qué sirve el concepto de generación? Como antes apunté, para ayudar a la periodización literaria en la configu-

ración de su historia contemporánea. Podrá discutirse la pertinencia de este concepto, pero algún instrumento ordenador debe ser empleado. La Historia es una construcción, los libros de Historia encierran un relato, un discurso elaborado por un sujeto y no son una mera acumulación informe de datos, títulos, nombres o años. En la elaboración de ese discurso, el historiador necesita emplear instrumentos que organicen la narración y, si aceptamos que la Historia literaria no existe en el vacío, sino que forma parte de la Historia general del ser humano, con la que tiene relaciones que la explican y conforman, lógico es que se empleen elementos que de ella proceden. Por tanto, tan lógico y lícito es hablar de los escritores del periodo de entreguerras como de los de la generación del 98.

No posee, por ello, mayor relevancia la objeción que Mainer encontraba al método: "La crisis del concepto 'generación del 98' fue desde entonces la propia crisis de la idea de 'generación' como fórmula de periodización literaria. Resulta difícil, en efecto, aplicar un marbete procedente de la sociología a la dinámica de las formas literarias" (Mainer, 4). Aparte de que esto lo afirmaba en el prólogo de un libro que —menos paradójicamente de lo que pueda parecer— se titulaba *Modernismo y 98*, el lugar de procedencia de los conceptos no nos interesa, y he seguido siempre con fascinación compartida el interés de Mainer por indagar en las relaciones de la literatura con la sociedad que la produce, por lo que no sería problema mayor que el método procediera de la sociología.

De la misma manera que hablamos de los escritores del Romanticismo, del tiempo del Emperador o de la época de Luis XIV, de la novela victoriana o del drama burgués, podemos también referirnos a los de la generación del 98 y diferenciarlos de la del 27 para aludir a una serie de rasgos de todo tipo (históricos, pero también literarios) que los distinguen y enfrentan. Unos y otros pudieron convivir en el tiempo, pero para entender la diferencia con que vivieron las mismas cosas bastaría enfrentar *Poeta en Nueva York, Sobre los ángeles* o *Espadas como labios* con *Superrealismo* de Azorín, para que no hicieran falta mayores explicaciones.

Con una frecuencia que resulta bien visible cada quince años, se produce una renovación que se extiende a los más diversos ámbitos y que es fruto de la reacción ante el conjunto de experiencias históricas que comparten los hombres de una misma edad. El periodo decisivo es el de formación o aprendizaje, y en él la coetaneidad es fundamental. Se trata de haber configurado la personalidad al reaccionar ante una misma serie de hechos: unos acontecimientos históricos, una filosofía en boga, una estética dominante y otra que se percibe periclitada, un modo de escribir... La manera de reaccionar ante el universo al que se asoman no va a producir en todos los miembros de una generación joven una misma concepción del mundo; los hechos ante los que reaccionan sí van a ser poco más o menos los mismos.

Entendido así el sistema generacional, queda claro que la generación del 27 no está formada por ocho poetas y hoy es ya habitual —pero no lo era hace dos décadas— considerar los rasgos que dramaturgos como Casona, Jardiel o López Rubio y prosistas como Jarnés, Ayala o Chacel comparten con aquellos. Un paso más supondría sumar a la cuenta a artistas como Miró, Dalí o Benjamín Palencia o cineastas como Buñuel. Y todo ello por encima de la referencia al centenario de Góngora que el año 1927 identifica, pues el rótulo que una generación porte no pasa de ser un elemento convencional y a veces azaroso.

Los ejemplos podrían extenderse hasta hacer ver, por caso, cómo la generación de Ortega y d'Ors es aquella que desarrolla las vanguardias y a ella pertenecen tanto Ramón como Picasso y Gris. Valle-Inclán manifestó toda su vida un constante afán de renovación, y, sin embargo, las vanguardias fueron para él una experiencia irremediamente ajena, propia de los miembros de esa generación siguiente o de los más jóvenes de la del 27. Al hilo de este ejemplo parece conveniente centrarnos en nuestros asendereados noventayochistas, que no son tan sólo los escritores, desde luego: la concepción historiográfica de Menéndez Pidal no puede explicarse en otro contexto, lo mismo que la pintura de Zuloaga, Zubiaurre o Ricardo Baroja.

Pero es a los hombres de letras a los que hay que prestar aquí atención. Para sentar con rotundidad un principio inexcusable, debe afirmarse sin rodeos que no sólo no pueden ser opuestos a los modernistas, sino que son los mismos. De ese funesto enfrentamiento nacieron la mayor parte de las resistencias al uso del concepto generacional, como revela Javier Blasco. Una historia literaria que verdaderamente merezca ese nombre no puede dejar de tener en consideración que las letras hispanas son tan sólo un capítulo de las europeas o aun de las occidentales, y no pierdo ocasión de insistir desde hace años en que ello vale lo mismo para el siglo XIII que para el XVI o el XX.

Por lo tanto, desvincular la literatura de los del 98 del movimiento general que en el fin de siglo se produce en dirección decididamente antirrealista ha supuesto el camino más corto para no entender lo que aquellos hombres llevaron a cabo. Y para colmo ello se realizó con ignorancia de lo que los propios protagonistas decían de sí mismos. No me refiero tan sólo al testimonio de Azorín, excesivamente jaleado, cuando en realidad sus artículos de 1913 incurrían en descaradas inexactitudes y tergiversaciones. En aquel año el antiguo anarquista literario quiere posar como hombre de orden y para ello insistirá en una fantástica e ilusoria conexión de los del 98 con la tradición inmediata. Así hará a aquel conjunto de jóvenes auténticamente revolucionarios en herederos ¿de quién?: nada menos que de Echegaray, Campoamor y Galdós.

Esto no era así, y el primero que lo sabía era Azorín. En cambio, mucho más acertado se nos revela cuando considera miembros de la generación lo mismo

a Baroja, Unamuno o Maeztu que a Valle-Inclán, Benavente o Rubén Darío. Baroja, por su parte, aunque protestó de que se le incluyera en algo llamado "de 1898", lo hizo por considerar, con toda razón, que en aquello él no había tenido culpa alguna. Lo que faltaba —viene a decir don Pío en su conferencia "Divagaciones de autocritica"— es que encima de haber tenido que sufrir el pantanoso ambiente intelectual de la España de la Restauración, se les echase a los jóvenes que entonces despuntaban la responsabilidad de lo ocurrido en 1898. Es muy poco feliz "asociar los nombres de unos cuantos escritores a una fecha de derrota del país, en la cual ellos no tuvieron la menor parte".

"Con 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna". "Ni yo colaboré en ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los Gobiernos de aquel tiempo, ni de los que les han sucedido". La "verdadera gente de 1898", añade, fueron Sagasta, Montero Ríos, Romanones, Castelar, Galdós o Echegaray. "Nosotros, no". Por ello se impone taxativa una conclusión: "Yo no creo que haya habido, ni que haya, una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella"<sup>1</sup>. Y, sin embargo, en ese mismo trabajo, a vueltas con la insistencia en que todos los entonces jóvenes eran demasiado individualistas como para pertenecer a grupo alguno, reconoce que tenían una actitud común "contraria a los hombres de la Restauración, abominando de su espíritu y de sus procedimientos". "La única cosa común fue la protesta contra los políticos y los literatos de la Restauración".

Parece claro, pues, que a Baroja lo que le molestaba sobre todas las cosas era que el nombre elegido por Azorín provocase el equívoco de responsabilizarles del Desastre. De ahí que muy poco después rectificase y volviera a una actitud que ya había apuntado antes en *Juventud, egolatria* (1917), donde había incluido un apartado titulado "Nuestra generación" y donde afirmaba, aunque no en esa sección, que "nosotros, los de nuestra generación, vinimos al mundo literario negando a derecha e izquierda"<sup>2</sup>. Nada más lógico en quien, en fecha tan temprana como 1901, ya había dicho: "Hay en la generación actual, entre nosotros, un ideal sin forma, algo vago, indeterminado que solicita nuestra voluntad sin rumbo fijo"<sup>3</sup>. Por tanto, entenderemos que en su conferencia "Tres generaciones", recogida en el volumen *Entretenimientos*<sup>4</sup>, teorice sobre su propio grupo, pero prefiera darle el nombre de "generación de 1870", con lo que se evita el riesgo que conllevaba la otra denominación. Ahí Baroja menciona, por ejemplo, a Benavente o a Martínez Sierra.

Atendamos a un testimonio mucho menos divulgado que los anteriores. Cuando Valle-Inclán viaja a la Argentina en 1910, pronuncia varias conferencias cuyo texto se conserva parcialmente. Una de ellas se tituló "Modernismo" y en ella menciona a sus principales cultivadores: en la nómina están Unamuno, Benavente, Azorín, Baroja o los Machado<sup>5</sup>. Hacia el final de sus días, aquel gran

don Ramón de las barbas de chivo, que parecía no hacer grupo más que consigo, aceptó su pertenencia a la generación del 98 y llegó a apuntar con lucidez su significado: ella vino a luchar --sugiere-- contra la ampulosidad en el lenguaje, contra el "párrafo largo que venía desde Cervantes a Ricardo León. A los del 98 nos llamaban modernistas, porque no seguíamos el castellano del siglo XIX. Rubén Darío y yo quisimos volver el castellano a las normas tradicionales"<sup>6</sup>.

Y es que los propios protagonistas percibían bien la secreta unidad que los vinculaba a todos y que luego quiso dibujarse como un enfrentamiento entre un grupo esteticista y otro preocupado por los temas y muy ideologizado. Esta dicotomía es imposible de mantener y son docenas los estudios que han demostrado que el Modernismo no estuvo anclado en el culto a la forma. Más aún, hoy parece cada vez más claro que el Modernismo no es sino el nombre hispánico de un movimiento europeo general que se acoge bajo las banderas del simbolismo. Y, en mi propia opinión, que me complazco en compartir con otros investigadores, todo ello no es sino la manifestación española de una modernidad que en Europa llevó precisamente el nombre de 'modernismo', aunque escrito sin mayúscula.

Esa modernidad, que supuestamente ahora a fines del XX ha dejado paso a una posmodernidad que muchos vemos como un concepto merecedor de las más amplias reservas tal como se usa, no surge de golpe y de la nada, pues en la Historia las cosas jamás ocurren así. Pero la generación de 1898 fue la primera que colectivamente asumió entre nosotros los rasgos propios de esa crisis en que se originó. Aunque ya no tengo mucho tiempo para extenderme en la consideración de estas cuestiones, permítaseme señalar de forma muy somera que, tras muchas décadas de creencia en la idea de un progreso indefinido, marcado por la vigencia del positivismo filosófico y el cientifismo, todo ello hace crisis de forma estrepitosa.

Es la misma concepción de la realidad la que se derrumba y nada más consecuente que el descrédito consiguiente del realismo literario, que creyó poder *reflejar* esa realidad externa. Ahora ésta ha dejado de tener valor por sí misma. Si algo unifica a todos los miembros de la generación del 98, antes de cualquier otra cosa, es la base casi furiosamente antirrealista de la que parten. Lo cual quiere decir que todos son idealistas, aunque no todos del mismo modo.

Pero los elementos comunes son muchos más: el rechazo pequeñoburgués a las formas de la democracia con las que se encuentran, que los unifica en lo que desdeñan, pero los hace divergentes en lo que propugnan, que podrá ser el socialismo o el anarquismo de cierta etapa de juventud, o el tradicionalismo nostálgico de Valle, no demasiado incoherente con su aprecio posterior por Lenin o Mussolini. La hostilidad ante el mundo del maquinismo, que hará nacer el sueño de Arcadia, el espiritualismo en sus diversas manifestaciones, de

las que no falta el ocultismo, o el anticapitalismo teórico son otros tantos rasgos significativos.

No se piense, con todo, que nos movemos sólo en el ámbito de los temas, el pensamiento o las actitudes ideológicas. Tanto o más va a suponer la ruptura en el modo mismo de concebir la literatura. Se ha hablado ya bastante del año 1902 como significativo por la aparición de un conjunto de obras nuevas. ¿Dónde estaba su novedad? Sobre todo en tres niveles, a cual más destacable: en el modo de concebir la obra en sí misma; en el de entender la relación de esa obra con la realidad; y en la manera de escribir<sup>7</sup>.

Si atendemos, para concluir, a esos tres factores, cabe señalar, con referencia al primero, que los del 98 suponen una auténtica revolución literaria; por poner algún ejemplo concreto que lo haga visible, cabe afirmar que la concepción de la novela en Baroja, en Azorín o en Valle no tiene nada que ver con lo que había ocurrido antes. El desarrollo de la novela lírica, a vueltas con el ensayo o la música, se evidencia en los mismos títulos: *Sonata de Otoño*, *Camino de perfección*, *La voluntad*... Así no se habrían podido llamar las novelas de cinco o diez años antes.

Además, la obra cobra conciencia crítica de sí misma. Viene a ser el resultado de un proceso en el cual el relato parece haberse descoyuntado para volver a surgir como el producto de un montaje. De ahí que transmita la impresión de confección fragmentaria, que no haría sino incrementarse hasta la explosión de las vanguardias. Es autorreflexiva y muy a menudo especular y metaliteraria (los famosos "plagios" de Valle, pura intertextualidad). Y asimismo, con frecuencia, paradójica, ambigua, desconcertante.

Todo ello está relacionado con el segundo factor, el de la relación con la realidad. Si ésta ha perdido su prestigio y se ha vuelto sospechosa, nada más lógico que el artista desee crear la realidad *dentro* de la propia obra. No importará atender a ciertos hechos, sino al efecto que esos hechos causan en el personaje. No importa el mundo, pues éste perdió su consistencia y, como dijo Marx, "todo lo sólido se desvanece en el aire"; por tanto, no interesan los fenómenos, sino el efecto que causan en una subjetividad: de ahí la atención a las sensaciones y a las imágenes y el triunfo de la sinestesia, como destacaba Valle-Inclán en 1903, y el desarrollo de lo que se ha llamado a veces el impresionismo literario. Y si el individuo pierde también su estatus de seguridad —disolución del sujeto—, el personaje de ficción se convertirá en un elemento mucho menos consistente. Ya no habrá caracteres al modo decimonónico, consecuencia previsible de la existencia de un hombre escindido, fragmentado, que llegará a ser sólo un pelele, un muñeco, un fante. El relato se hace introspectivo y nacerán entonces técnicas que ahondarán en la perplejidad: narrador sospechoso o falible, puntos de vista enfrentados, corriente de conciencia...



Y todo ello, en tercer lugar, se transmite a través de un lenguaje que no podrá ser neutro. Esta generación supone una gigantesca renovación de la prosa y la poesía españolas, como están poniendo de relieve los estudios de Fernando Lázaro Carreter. La manera de escribir en castellano cambia de forma decisiva. A menudo se ha ironizado sobre el estilo asmático de Azorín, de sujeto+verbo+punto, sin caer en la cuenta de que la destrucción de la prosa decimonónica y la creación de otra mucho más breve y ágil fue una labor colectiva y muy rápida, pues salvo los primeros escarceos aún dubitativos, todos aquellos escritores adquirieron muy pronto un estilo propio.

El lenguaje pasó a tener valor por sí mismo, y no se entendía ya como un mero vehículo para transmitir la imagen de otras realidades. En vez de hacerlo transparente, llamaba la atención sobre sí. Se lo concibió como la herramienta propia del escritor y de ahí el cuidado primoroso con que se manejaba. Escribir en prosa no era una faena diferente a hacerlo en verso ni exigía menos cuidado. De ahí que se planteara la superación de géneros y que Valle-Inclán, al final de su vida, reconociera: "No hay diferencia esencial entre prosa y verso"<sup>8</sup>. Pero esto no se aplica sólo a don Ramón, estilista y orfebre de la palabra. Léase con cuidado a Azorín, o mejor, al Martínez Ruiz de, por ejemplo, *La voluntad*, o a Baroja, el supuestamente descuidado Baroja de *Camino de perfección* o de *La casa de Aizgorri* para tener pruebas fehacientes de ello, que yo aquí ya no puedo proporcionar.

Todo esto existe, aunque no lo englobemos bajo el rótulo de "generación de 1898". Pero si al usarlo entendemos mejor y más rápidamente la convivencia de sus protagonistas en un tiempo —el *fin-de-siècle*— en que todo se gestó e hizo posible, ¿qué ventaja obtenemos de su eliminación? Vista casi desde el umbral de un nuevo 98, la generación del 98 goza de buena salud, tanto por sus creaciones como por la operatividad del concepto. A demostrarlo han tendido las páginas anteriores, síntesis de lo que sin duda exige un desarrollo mucho más amplio, que los múltiples trabajos originados al calor de este centenario acaso hagan posible alguna vez.

## NOTAS

1. Los textos pueden verse en Azorín, 285-314, y Baroja, sin fecha (1924), 27-30.
2. Pío Baroja 1917, 237-238 y 261.
3. Citado por Cacho Viu, 23.
4. Baroja, sin fecha (1927), 153-171. Para todas estas cuestiones véanse los útiles volúmenes de Sánchez Granjel 1959, 273-277, y 1966, 13-37; y Shaw, 16-19. Aportaciones más recientes y con elementos nuevos son, aparte de la de Cacho Viu citada en la nota anterior, 9-53, las de Ramos-Gascón 1989, 293-228, y, sobre todo, Inman Fox, 23-38; también Serrano, 93-106.
5. Véase Garat, 109. Tiene ahora menos importancia que también citara ahí a hombres más jóvenes, como Ortega o Pérez de Ayala.

6. Declaraciones recogidas en Madrid, 102. Como tantas otras de este libro, son transcripciones casi exactas de la prensa del tiempo. Estas corresponden a la respuesta de Valle al ofrecimiento de Unamuno en el banquete que se le dedicó en 1932; véase el testimonio coincidente de *Luz* de 8 de junio de ese año, recogido en Dougherty, 231, n., y en Valle-Inclán, 518.
7. Desarrollo más ampliamente este aspecto en la ponencia pronunciada en el ciclo sobre el 98 organizado por la Fundación Duques de Soria y desarrollado en Salamanca en octubre de 1997.
8. Ramón del Valle-Inclán en Diego, 85.

#### OBRAS CITADAS

- Azorín. *Clásicos y modernos*. Madrid: Renacimiento, 1913.
- Baroja, Pío. *Juventud, egolarria*. Madrid: Rafael Caro Raggio, 1917.
- . *Divagaciones apasionadas*. Madrid: Rafael Caro Raggio, [1924].
- . *Entretenimientos*, Madrid: Caro Raggio, [1927].
- Cacho Viu, Vicente. "Ortega y el espíritu del 98". *Revista de Occidente* 48-49 (mayo 1985): 23.
- Celma, María Pilar, ed. *El 98, a nueva luz*. *Insula* 613 (enero 1998).
- Diego, Gerardo. *Poesía española. Antología (Contemporáneos)*. Madrid: Signo, 1934.
- Dougherty, Dru. *Un Valle-Inclán olvidado*. Madrid: Fundamentos, 1983.
- Fox, E. Inman "La generación de 1898' como concepto historiográfico". John P. Gabriele, ed. *Divergencias y unidad: perspectivas sobre la generación del '98 y Antonio Machado*. Madrid: Orígenes, 1990. 23-38.
- Garat, Aurelia C. "Valle-Inclán en la Argentina", en el volumen *Ramón M. del Valle-Inclán. 1866-1966 (Estudios reunidos en conmemoración del centenario)*. La Plata: Universidad Nacional, 1967.
- Gullón, Ricardo. *La invención del 98 y otros ensayos*. Madrid: Gredos, 1969.
- Madrid, Francisco. *La vida altiva de Valle-inclán*. Buenos Aires: Poseidón, 1943.
- Mainer, José-Carlos. *Modernismo y 98*. Rico, Francisco, dir. *Historia y crítica de la literatura española*. Vol. 6. Barcelona: Crítica, 1980.
- Mainer José-Carlos y Jordi Gracia, eds. *En el 98 (Los Nuevos Escritores)*. Madrid: Visor, 1997 [pero 1998].
- Ramos-Gascón, Antonio. "Historiología e invención historiográfica: el caso del 98". Graciela Reyes ed. *Teorías literarias en la actualidad*. Madrid: Revista de Occidente, 1989: 203-228.
- Sánchez Granjel, Luis. *Panorama de la generación del 98*. Madrid: Guadarrama, 1959.
- . *La generación literaria del noventa y ocho*. Salamanca: Anaya, 1966.
- Serrano, Carlos. "La 'génération de 1898' en question". S. Salaün-C. Serrano, eds. *Histoire de la littérature espagnole contemporaine. XIX-XX siècles. Questions de méthode*. Paris: Sorbonne Nouvelle, 1992. 93-106.
- Shaw, Donald. *La generación del 98*. Madrid: Cátedra, 1978.
- Valle-Inclán, Ramón del. *Entrevistas, conferencias y cartas*. Ed. Joaquín y Javier del Valle-Inclán. Valencia: Pre-Textos, 1994.